

Homilía de Primer Domingo de Adviento

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“Estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el hijo del hombre.”

Pautas para la homilía

El Adviento coincide con un tiempo en que la Naturaleza se detiene y prepara desde lo oculto y lo interior para revitalizarse desde lo profundo. Progresivamente, bosques, campos y parques irán mostrando la belleza de la desnudez. Lo que aparenta estar inerte, está dormido y alentando en silencio una primavera. Adviento es tiempo de fortalecer y cuidar nuestras raíces.

Nuestra salvación está más cerca

Estrenamos Adviento, tiempo para “desatascarnos” de los agobios de la vida. Esto no significa desentendernos de los desafíos y problemas. Significa recordar la verdad de lo que somos y el sentido de lo que hacemos. Los problemas están ahí, pero mientras los gestionamos, podemos crecer y hacernos grandes frente a ellos. Podemos identificar los “boquetes abiertos” en la casa de nuestro espíritu y comportamiento para repararlos, evitando que nos roben el horizonte de futuro que alienta nuestras luchas: la fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu que conduce la historia. ¿Permanecemos atentos a lo que debilita nuestra confianza en Dios?

En la vida cotidiana, existe una inercia que no tiene porqué ser aburrida ni agobiante. Al ritmo de la liturgia propia del Adviento, podemos ir releiendo nuestra realidad y concretar en qué o en quién estamos poniendo realmente nuestra esperanza para que no se vea defraudada. La esperanza puesta en Jesucristo es tierra de donde extraer motivaciones profundas y fortaleza. Pero no siempre acertamos a poner la esperanza y a construir sobre esa roca que es el Señor. No está de más recordar que según aprendemos del Adviento, “la fuerza se realiza en la debilidad”, los cambios importantes nacen de lo profundo y desde “abajo”.

Vestíos del Señor Jesucristo

Al comienzo del Adviento la liturgia nos retrotrae a los tiempos de Noé, cuando las maldades de los hombres clamaban por sí solas al cielo y la mayor parte de la humanidad consumía sus días de espaldas a Dios. Los tiempos de Noé supusieron una especie de “segunda oportunidad”, de “nueva creación” y de “Alianza entre Dios y la humanidad”. Al estrenar año litúrgico la Iglesia nos devuelve a la imagen de las aguas que cubriendo la tierra borran las maldades e injusticias. Es una imagen de las aguas del bautismo en las que fuimos revestidos de Cristo, puestos a salvo.

El día se echa encima

Adviento nos trae al presente los beneficios del futuro. Beneficios contagiosos y retroactivos. La paz mesiánica que esperamos en el futuro como don es una tarea en el presente. Al final de los días “de las espadas se forjarán arados y de las lanzas podaderas” pero no por arte de magia, sino con la implicación y el sacrificio de muchos para bien de todos. Y lo que no alcancemos el Señor lo pondrá gratis.

Con las armas de la luz

Podemos hacer mucho más de lo que pensamos “cada día” para fortalecer vidas y revitalizar esperanzas. Hay muchos nombres propios, cerca o lejos que cuentan con nuestra capacidad para contagiar fortaleza, mirar de frente la rutina y no desdeñar la esperanza. La luz que brilla en las tinieblas ilumina todo el tiempo de espera y esperanza que anuncia el Adviento. Cuando se encienda este domingo la primera vela de la corona de Adviento recordemos esta frase de Tolstoi: “Como una vela enciende otra vela y así se encuentran encendidas millares de velas, así un corazón enciende otro y así se encienden miles de corazones”.



Fray Xabier Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino "Olivar" (Madrid)